



LA MUJER CASADA

PLENIPOTENCIARIA DE PRIMERA CLASE

Hace algun tiempo vió la luz un precioso artículo de mi buen amigo el distinguido diplomático Paco de Acuña, titulado «La viuda considerada como general en jefe», y esto me mueve á emborronar algunas cuartillas, presentando á la muger casada como la diplomática mas fina y mas sagaz que ha producido la naturaleza. Machiavelo, Tayllerand, Ignatieff, son niños de pecho comparados con cualquiera esposa, á poco que esta ocupe una posicion algo desahogada, porque demasiado comprenderán mis lectores que no puedo incluir en la difícil ciencia de Metternich, á las clases proletarias, pues entre ellas no ha hecho aun extragos la terrible *ponzoña del disimulo*, y de ahí que se muestren en esos actos sociales, ya públicos ya privados, con la mas paradisiaca desnudez; moral, se entiende.

Pero vuelvo á mi asunto: la muger casada tiene un instinto diplomático maravilloso: ella sabe indagar, averiguar y arrancar un secreto, sobre todo á su marido, fingiendo la mayor candidez y la menor curiosidad.

De soltera ve siempre al hombre bajo un prisma encantador: es su esclavo. A los pocos meses de casada, ya lo considera de muy distinto modo; el hombre es un tirano y hay que domesticarlo. De aquí, lucha.

Pero lucha lenta, pacífica, tranquila, sosegada, como la superficie de un lago escocés. Muchas veces el hombre siente el yugo que se le quiere imponer, é impelido por su orgullo, se revela y trata de romperlo; pero entonces la esposa, adoptando sus mas suaves maneras y su mas reposada voz, exclama:

—Pero yo me opongo?... Haz lo que quieras.... Acaso hay aquí otra voluntad que la tuya?

Y el hombre satisfecho de su poderio y de su fuerza, se dice:

—Pues es verdad: quien me impide hacer lo que yo quiera?

Y es que el infeliz no observa la metamorfosis que se está operando á su alrededor y que está sufriendo él mismo.

Su mayor goce era comer en un *deshabillé* completo: babuchas y bata; pero su muger encuentra eso de muy mal tono, y poquito á poco le ha ido acostumbrando á perder esas *malas mañas*, no por ella, que al fin es su muger, sino por el qué diran. Al inocente esposo le gustaba fumar un cigarrillo de sobremesa y antes del café, pero siempre estaba el comedor tan súcio y apestaba de tal modo á puntas de cigarro, que el marido ha tenido que sacrificar tambien este placer, no por dar gusto á su esposa, que á ella le es indiferente, sino por el aseó de la casa. Tambien gozaba el cándido marido en fumar un cigarro en la cama antes de dormirse, y otro por la mañana antes de levantarse, pero ha debido renunciar á ese dulce entretenimiento, no porque su cónyuge se lo exija, sino porque no había manos bastantes en la casa para surcir y gobernar las sábanas, que el imprudente fumador quemaba diariamente con sus cigarros, á mas del inminente riesgo que se corría de un incendio á media noche.

Pero donde hay que ver todo el ingenio, toda la sagacidad de una muger casada, es cuando trata de arrancar la confesion de un pecadillo á su caro esposo. Has visto alguna vez, amado lector, al gato jugar con el inesperto y tímido ratoncillo que cayó en sus garras?—Pues si conoces esta escena, ya puedes formarte una idea de la que ocurre entre ambos cónyuges. Ora la muger le hace entrever en lontananza el mas generoso olvido de su crimen,—nunca es menos de crimen—si confiesa ingenuamente: ora le ha-

ce sentir terribles amenazas, si persiste en su silencio: ya lo allaga, ya lo rechaza; hasta que por último, y sin venir á cuento, un torrente de lágrimas escapa de sus hermosos ojos, y entonces no hay defensa posible: el marido cae anonadado á los piés de su esposa pidiéndole perdon y confesándose el hombre mas inícuo del mundo. Pero aquella confesion inocente que brotó de sus labios, será un tormento el día que se tarde algo en la calle, cuando se entretenga algun tanto con sus amigos, si rehusa la menor bagatela á su esposa; á todo y por todo se le arrojará á la cara su pecado, sin que sirvan de nada sus protestas: «el que hace un cesto hace ciento»; no hay mas remedio: es un axioma matemático.

Bien sea por instinto ó por educacion, ó por ambas cosas á la vez, la muger tiene una sagacidad extraordinaria y una penetracion admirable, y unidas estas condiciones á su inmoderado deseo de mando, la hacen aguzar de tal modo el ingenio, que á veces parece mentira que en cerebro femenino quepa tanta diplomacia. Cuando la muger, en vez de atacar de frente y de un modo resuelto á su marido, lo hace con cierta maña y disimulo, ya puede darse el esposo por vencido: la muger ha descubierto su lado flaco y por él le atacará. Lo mejor que puede hacer entonces el hombre es buscar la manera de ceder, como sino se apercibiera del ataque de que está siendo objeto, y conseguir, en su derrota, las mejores condiciones posibles, como el valeroso capitán que sitiado en una fortaleza, prevee el asalto decisivo, y poco seguro en sus murallas y baluartes, parlamenta con el enemigo para obtener las condiciones mas ventajosas y salvar sus armas y bagajes. La muger que ataca franca y resueltamente al hombre, saldrá siempre vencida, puesto que el hombre tiene de su parte las leyes, la sociedad y las costumbres: la muger que ataca al hombre de soslayo, saldrá siempre vencedora, puesto que tiene de su parte la confianza y el descuido de su marido.

La historia de Sanson y de Dalila.

La cadena de hierro se rompe algunas veces, la de flores nunca.

Hace algunos años me decia una distinguida dama peruana: «el añoso roble se quiebra ante el huracan, pero la flébil caña sabe plegarse á tiempo, y pasado el peligro se levanta mas fuerte y orgullosa que antes». Acepté el simil, pues da una verdadera idea de la situacion de la muger para con su marido: ante la cólera de este, debe siempre plegarse cual la débíl caña, sino quiere correr el riesgo del corpulento arbusto. La muger debe imperar sobre el hombre por la dulzura, pero nunca por la fuerza, porque entonces pierde su mas bello atributo, la debilidad. Debilidad aparente, puesto que su debilidad es su fuerza, y su fuerza es tanto mayor, cuanto se desconoce todo su alcance y poderio. No sé quien llamó á los cañones *ultima ratio regum*; yo me permito llamar á las lágrimas *ultima ratio mulierum*, y me parece que tan poderosa es una razon como la otra, sino lo es mas la segunda que la primera; porque hombre hay que resiste á pecho descubierto las cerradas descargas de la metralla, y no puede ver, sin conmoverse, palpar una lágrima en las sedosas pestañas de la muger amada.

Por eso la muger que *sabe*, hace de su marido lo que le da la gana, realizando siempre sus deseos y obteniendo cuanto anhela por medio de la dulzura y el allago.

Sin duda alguna fué una muger quien inventó el adagio «mas vale maña que fuerza». Si alguien lo pone en duda, oiga la siguiente anécdota que me contó hace años el mas

profundo y mas distinguido diplomático francés, marqués de Noailles.

Rusia acababa de remachar los clavos de la infeliz Polonia: la segunda insurreccion de este desgraciado pueblo habia sido sofocada, y el viejo Murawieff tronaba en Varsovia á su capricho y voluntad. El duque de N... aristócrata francés de la *vieille roche*, habia hecho la causa de Polonia y se encontraba un tanto comprometido moralmente, á causa de sus escritos, y en cierta frialdad con el embajador ruso en París, conde Schircoff, cuando este anunció un gran baile de trages en celebridad de los dias de su soberano. Aunque el embajador moscovita, con un tacto esquisito, invitó al duque, este decidió no asistir, por no ponerse en comunicacion con los «tiranos».

Decir el *desappointement* de la duquesa, sería imposible: su dolor podia compararse tan solo con el de Calipso, aunque este era mas profundo; pero con ese tacto especial de la muger de talento, recibió aquella noticia, que tanto la apenaba, con la sonrisa en los labios: conocia su poder y pensaba hacer de él un uso discreto y cierto.

Cuando el noble duque se sentó á la mesa, encontró las salsas mal preparadas, el Burdeos demasiado frio y el Champagne demasiado caliente; el café habia sido poco tostado y hasta el habano que fumaba diariamente despues de comer, estaba aquel dia húmedo.

Quince dias duró esta variacion en las habituales costumbres del duque, sin que este pudiese poner orden y arreglo. En qué consistia aquello?— El duque se devanaba los sesos, como vulgarmente se dice, sin conseguir averiguarlo. No era posible sospechar siquiera que su esposa se hubiera puesto en connivencia con los criados: la duquesa era demasiado aristocrática y demasiado distinguida para descender al terreno de esas confidencias con sus inferiores, y esto lo sabia bien el duque.

Al fin este lo comprendió todo: el maldito baile del embajador era la causa: la duquesa queria ir y sitiaba á su esposo por el *confort* de la casa y de la mesa, y bastó que cesara en la constante inspeccion de los domésticos, para que estos, entregados á su propio criterio, lo hicieran todo mal.

El duque decidió ceder y asistir al baile, pues preferia al triunfo de sus ideas políticas, la paz y sosiego de su domicilio. En hombre de mundo y de experiencia, quiso hacer las cosas bien hechas, y pasando por casa de Samper compró un costoso aderezo de turquesas y rubies, y presentándose á la duquesa, le dijo:

—He pensado hacer las paces con el conde Schircoff, asistiendo á su baile de trages, y vengo á rogaros que me acompañeis. En prueba de mi agradecimiento, pues no dudo que accedereis á mi ruego, me he permitido traer este pequeño recuerdo—y le entregó el estuche.

Esta conversacion tuvo lugar á las cinco, y cuando á las siete se sentaba el duque á la mesa, encontró el Burdeos templado y el Champagne *frappé*; pero el verdadero *frappé* fué el duque cuando vió servir un succulento *cavass back dock*, aspiracion la mas sublime de su glotoneria.

La moral de esta anecdota es muy sencilla: «si tu muger te pide que te tires por un tajo... etc.», y no habrá mas remedio, pues la diplomacia es la verdadera fuerza de la muger, y no hay modo de luchar con ella.

NINO.

UN ARDID DE GUERRA

Hace ya algunos años que emprendí un viage por algunos puntos de la Andalucia baja.

A la caida de una hermosa tarde del estío, rendido y fatigado por el cansancio, llenos los pulmo-

nes de un polvo ténue, capaz de producir la asfixia, levantado sin piedad por los tironazos de los ocho malos trotones que arrastraban la diligencia, daba vista á la hoy villa de Niebla, cabeza del condado de su nombre y situada en la carretera de Sevilla á Huelva.

El paisaje no podia ser mas bello y pintoresco: sobre un fondo de cielo purísimo, tanto como el descrito en mil tonos por los viajeros de Oriente, limitado por un horizonte que dibuja caprichosos contornos de las sierras de Aroche y Aracena; corriendo mas cercano el histórico Rio-Tinto, encauzado por fértiles laderas llenas de vida y vegetacion, levántase en su márgen derecha un pueblo que á lo lejos, dada su blancura, parece un manto de plata que circunda por su base á una vetusta y derruida fortaleza propia del condado.

De aspecto característico, la expresada fortaleza delata al viagero la época de su construccion; es árabe, aunque retocada despues de la conquista: arcos ojivos, almenas y torreones aspillerados, matacanes, tal es lo que se descubre á primera vista constituyendo una masa seria é imponente.

Enormes sillares carcomidos por el tiempo inclemente, con abiertas juntas llenas de musgo y convertidas en niales de aves, y por las cuales asoma alguna vez la chata cabeza de un lagarto, tal es el aspecto de los robustos muros que cierran la fortaleza que describo, testigo mudo de varias generaciones.

El viagero no puede menos de entrar al momento en serias reflexiones; involuntariamente se ama el pasado: sus viviendas, usos y costumbres, siempre nos parecen mejores que las presentes; es la veleidad de la condicion humana traducida en los encontrados sentimientos que nos dominan á la vista del pasado que representa un castillo derruido.

Tales eran mis consideraciones cuando daba algun descanso, ya entrada la noche, á mis doloridos huesos en la casa de un virtuoso sacerdote, á quien me recomendó un amigo para que me diese hospitalidad hasta el siguiente dia en que emprendiese mi jornada, y en verdad que fué tan buena, que á no herir su suceptibilidad, estamparía su nombre.

Pues bien, llegó la hora de cenar: natural era que yo le demostrase mis impresiones; la conversacion se hizo amena y recayó sobre el carácter histórico de la fortaleza; entonces me refirió la siguiente anecdota conservada con el carácter de tradicion en el pueblo, y yo que no habia dejado de dormir á ratos en la diligencia, troqué gustoso mi descanso por tan grata velada: dijo lo que paso en extracto á referir.

Corría el año de 1252 cuando por muerte del Santo Rey Fernando III, ocupó el Trono de Castilla y Leon D. Alfonso X el Sabio. Arrojados los moros de Sevilla por su augusto padre, se habian hecho fuertes en el condado de Niebla, que vivia un tanto amenazante por los auxilios que de Marruecos recibia. El nuevo monarca de Castilla trató de emprender su conquista y al efecto reclama el auxilio del Rey Alhamar de Granada, que como feudatario tenia que combatir en las guerras que emprendiese su señor, aun en contra de infieles, y fuerzas numerosas comandadas por el Rey en persona, em-

EN EL AGUA



—Yo remaré mejor, Carolina; lo juro por el Club!

AYUNTAMIENTO DE MADRID

EN LA PLAYA A LOS OCHO DIAS DE REMO



A los ocho dias de remo.

prenden el sitio de la fortaleza de Niebla.

Los moros apercebidos dispónense á resistir el empuje de las armas cristianas que con el mayor denuedo sufren los penosos trabajos del asedio; montadas toda clase de máquinas de batir y apretándose el cerco por momentos, no dudaban los capitanes castellanos que el moro se tendría que rendir por hambre al faltarle los recursos del de Marruecos.

Así las cosas, el tiempo trascurría y á pesar de las frecuentes correrías de los cristianos por tierras del condado talando campos y destruyendo cuanto á su paso se oponía, la fortaleza no rendía el pendon de la media luna y ya el desaliento empezaba á cundir en las huestes de Rey sitiador.

Cuatro ó cinco meses de sitio habian llevado enfermedades al campo cristiano y sonó por primera vez la frase de «levantar el campo». La fortaleza no llevaba trazas de rendirse y en las apariencias los víveres no faltaban.

Entretanto los moros en secreto tocaban los fines de sus víveres y la situación se hacia por momentos desesperada. Conciben un último esfuerzo para desorientar al enemigo y acto continuo lo ponen en práctica: dentro de la fortaleza no quedaba mas que un buey y algun grano: conciben dárselo á comer todo y encima mucha agua y soltarlo para que gane las líneas enemigas y vean los sitiadores que los víveres sobran; verificado, franquéanle una de las puertas.

El buey libre y satisfecho como hacia tiempo no lo estaba, traspasa las líneas del campo cristiano; hay un momento de alegría en vista de la buena presa, alegría que pronto se troca en profunda tristeza: —¡Cómo estará de víveres la fortaleza moruna cuando con tan poco cuidado dejan escapar reses tan gordas! Estas eran las reflexiones generales del Rey y capitanes reunidos en consejo para deliberar acerca de levantar el sitio...

De pronto y procedente del grupo de soldados que rodeaban al prisionero animal, sale espantosa gritaria. ¿Cual podía ser la causa? ¿Habian por ventura percibido una salida vigorosa de los sitiados? Nada de eso; otro era el motivo: el buey habia reventado con estrépito, merced al atracon fuerte de cebada y agua: pónenlo en conocimiento del Rey; se aperci ben de la estratagema, comprenden el ardid de guerra y convencidos ya del hambre que devoraba á los sitiados y que todo era una farsa, fué tomada la fortaleza por asalto. Tal fué la conquista de Niebla.

Cuando ya acostado y pensando en cuanto acababa de oír comencé á conciliar el sueño, sonó el chasquido de un látigo y la aguardentosa voz del mayoral que decia «viageros al coche». En el instante me despedí de mi buen patron que tan agradablemente me hizo pasar el rato, y colocado, ó mejor dicho, estivado en el carruaje como mejor pude, nos alejamos de allí para recibir otra serie de impresiones, cuyo relato no creo que tenga nada que pueda interesar á mis benévolos lectores.

NOARIMA.

Á LOS PIÉS DE ELLA

—A tus piés, bella jóven,
ves que me inclino
el extremo envidiando
de tu vestido.
Que hasta ese extremo
mi admiracion me lleva,
solo por verlos.

Si los miro distantes
cual mi esperanza,
al asomar se ocultan;
¡tengo desgracia!
Profunda huella
dejan ¡ay! en mi alma
que no es de arena.

En el celeste imperio
y en la Turquía,
por tus plantas sin duda
te envidiarían.
Con el deseo,
tus piés, como el que cartas
concluye, beso.

En el color semeja
ese calzado
al corazon que enlutan
los desengaños.
Tu pié se asoma
como perla que esconde
marina concha.

Entre sedas y gasas
mi pensamiento
lo vislumbra tan lindo
como pequeño;
y cual la dicha
en lo breve y ligera
que se desliza.

Batel es tu zapato
donde naufragan
las dulces ilusiones
¡ay! de mi alma.
Causame celos,
que es mas que yó dichoso
tu zapatero.

Él, mejor que tú misma,
si no te enfadas,
los puntos, sí, los puntos
sabe que calzas.
Conoce cuando,
donde y por qué te aprieta,
niña, el zapato.

Si han de tener principio
nuestros amores,
quiero basar su origen
en tus tacones.
¿Será tu esclavo
quien hoy su pensamiento
pone tan bajo?

Permíteme que vea



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



MÁLAGA

SEMANARIO ILUSTRADO

Ayuntamiento de Madrid

pié tan pequeño;
si me gusta y lo alabo
¿por qué esconderlo?
Siendo tan breve,
ya lo ves, me contento...
con pequeñeces.

De este modo su deseo
cierto *gomoso* expresaba
á una jóven inocente
mas aun que inocente, cauta
Esta se negó inflexible,
aquel repitió su instancia,
y *por distraccion* sin duda
un pié su cárcel forzaba.
Animóse del mancebo
inocente la mirada,
vagando su pensamiento
en mar de remotas playas;
mas de súbito la jóven
retiró lo que causaba
tanta ilusion, cual si entonces
advertida lo notára.
La tinta de sus megillas
subió desde rosa á grana,
que el color, si no es pintado,
las emociones delata.
—Cruel es usted, ansioso
dijo el doncel en voz baja:
con el mismo pié que admiro
aleja mis esperanzas.
La mamá, que con su hija
fué á gozar de la velada,
levanta el campo al sentirse
por céfiro audaz besada:
y entonces, en descubierto,
dejó una indiscreta ráfaga
la base de tanta dicha
como el bipedo soñaba.
Llegó el instante supremo
retardado por sus ansias,
y murmuró con asombro:
—¡Ay qué piés!... ¡Si son dos patas!

Un viejo.

EL CASTILLO DE CABEZON.

I

D. Pedro I de Castilla, tan justiciero en sus castigos como cruel en la manera de aplicarlos, se hallaba en el año de 1359 en abierta guerra con el rey de Aragon, D. Pedro IV el Ceremonioso.

Favorecian á éste el conde D. Enrique de Trastámara y sus parciales; mas tal auxilio era asaz insignificante para contener al rencoroso monarca castellano, que, terrible en todas sus empresas, ya habia traspuesto las fronteras enemigas, pasándolo todo á sangre y fuego. Lo mismo talaba y destruía el territorio aragonés, que se apoderaba de las villas

y castillos de su eterno rival el bastardo de Trastámara; pero sus victoriosas armas hallaron al fin un obstáculo insuperable en la pequeña fortaleza de Cabezon.

Pertenecía el lugar de Cabezon al conde D. Enrique, quien, al principiár la guerra, habia encomendado la defensa del castillo á uno de sus mas fieles caballeros, y cuando el rey D. Pedro, al frente de su lucido escuadron de escuderos á caballo, de la guardia de ballesteros y de algunas compañías de hidalgos castellanos, llegó á las inmediaciones de Cabezon, tuvo lugar de conocer que el enemigo se hallaba dispuesto á la defensa, y que cuantos asaltos se intentasen serian infructuosos; por lo cual creyó lo más conveniente establecer el cerco distribuyendo sus gentes en los alrededores.

El alcaide parecia decidido á no responder á ninguna clase de intimaciones; mas el impaciente don Pedro, muy á su pesar detenido ante un obstáculo que al principio juzgara insignificante, le envió un heraldo ó rey de armas ofreciéndole, si entregaba el castillo, hacerle muchas mercedes y considerarle como uno de los primeros caballeros de su corte; pero el buen alcaide se limitó á responder que antes de ser infiel á su señor y merecer la nota de perjurio y desleal, pereceria bajo las minas de la fortaleza.

II

Entre los escuderos que defendian el castillo, habia uno jóven y bello, con la apariencia de un ángel y el alma de un demonio. Afable, jovial y con un exterior que inspiraba suma confianza, se habia captado las simpatías de la mayor parte de los hombres de armas que componian la escasa guarnicion; mas el alcaide, profundo conocedor de los hombres y de las cosas, nunca logró vencer la repulsion que el tal escudero le inspiraba.

Tenia el alcaide en su compañía á su fiel esposa, hermosa matrona de poco más de treinta años, y á su única hija, jóven encantadora que no pasaba de los quince.

Desde que las dos mugeres habitaban el castillo, los ojos del lascivo escudero se habian fijado en la bella jóven, y aun habia llegado á requerirla de amores; pero nunca encontró sino el más frio desden.

Aquel malvado ahogó en silencio el impuro amor que le dominaba, pero jurando en secreto tomar cumplida venganza de los desprecios sufridos.

No tardó esta en ofrecérsele. El Rey D. Pedro puso sitio al castillo, como ya hemos dicho, y no pasó mucho tiempo cuando las subsistencias comenzaron á escasear, y la situacion de los defensores llegó á ser por demás crítica. Entonces juzgó el infame escudero llegado el momento oportuno de poner en ejecucion sus inícuos proyectos. Aprovechándose del partido que entre sus compañeros tenia, tramó una conjuracion en union de nueve de estos, tan traidores y perversos como él; y unidos todos se apoderaron de las puertas de la fortaleza, y acudiendo despues al alcaide, le exigieron que les entregase á su muger y á su hija, ofreciendo, con esta sola condicion, proseguir la defensa, pero amenazando, en caso contrario, con rendirse á discrecion al Rey don

Pedro. De nada sirvió la autoridad del alcaide, de nada aprovecharon sus ruegos y hasta sus lágrimas: los escuderos permanecieron inflexibles, y el buen caballero, en la alternativa de ser infiel á su señor ó de entregar los más caros objetos de su alma á aquellos bandidos, prefirió esto último.

III.

Dos leales soldados que no habian querido tomar parte en la conjuracion, abandonaron el castillo á la mañana siguiente de estos sucesos, y presos por las avanzadas castellanas, fueron conducidos á la presencia de D. Pedro.

Hiciéronle entonces relacion muy detallada de todo lo ocurrido, y el rey, lejos de aprovechar aquellas circunstancias para apoderarse fácilmente de la fortaleza, consideró como suya propia la ofensa inferida al fiel alcaide, y juró tomar de ella pronta y cumplida venganza.

Aquel mismo dia los ballesteros de Castilla se apoderaron de los diez escuderos, y, á presencia del alcaide, hizo D. Pedro que los descuartizasen vivos y arrojasen despues sus cuerpos á las llamas. Pero no contento con esto, eligió diez de sus mejores caballeros y los puso á disposicion de aquel, obligándoles bajo juramento á morir en defensa de la fortaleza, aun cuando él mismo en persona marchase á atacarla.

¡Sublime rasgo de fidelidad el del alcaide de Cabezon, tan solo semejante al de Guzman el Bueno en el sitio de Tarifa!

¡Terrible acto de justicia propio de aquel monarca tantas veces calumniado, como pocas defendido!

JOSÉ DE LARRA MATHEU.

Sevilla.

REVISTA DE MODAS

Madrid 5 de Julio de 1878.

Sr. Director del MÁLAGA.

Muy señor mío y distinguido amigo: Cumpliendo con el encargo que V. me dá y que yo acepto gustosa, empiezo hoy mi correspondencia de modas dándole cuenta de un traje que ha adquirido gran *succés* entre las gentes elegantes, y que tanto para baños como para viages, etc., es el mas adecuado y oportuno. Me refiero al vestido *Exposicion*, como lo han designado los franceses, el cual por su economía y sencillez ha sido aceptado unánimemente. Para la confeccion de este traje entra cualquiera clase de tela que no sea de las designadas para visita; hilo, percal, dril, etc. y se usa con cinturón y falda redonda: el cuerpo puede ser en forma de *paletot* ó bien *cuerpo marinero*.

En cuanto á trages de visita ó paseo, las telas combinadas siguen siendo el supremo de la moda.

Los delanteros se hacen mas frecuentemente en forma *princesa* y escote cuadrado con plegados de gasa, que medio oculten el nacimiento de la garganta, dejando adivinar sus contornos y blancura: tambien se está usando mucho el escote-triángulo, por el cual asoman encages ó plegados finisimos de gasa blanca. Los costados de este traje suelen ir plegados, y por detrás vienen á reunirse las dos telas, haciendo grandes bullones. La cola lleva un plegado menudito, el cual debe ir cogido por la mitad, forma *chicorée*.

Para teatros, conciertos y paseo, se está llevando mucho la granadina negra con adornos de color en tiras bordadas. Dias pasados vi uno á la elegante condesa de V... en los jardines del Retiro y voy á dar una breve reseña de él á mis lectoras del MÁLAGA.

La falda es de muselina negra y venia en forma *Princesa* á redondearse con la cola: la falda delantera iba cubierta en toda su extension con pequeños volantes de encages con vivos rosa. Encima de la falda llevaba un *paletot* Luis XV, brochado en color de rosa, abriendo desde la cintura hasta el cuello y dejando al descubierto la garganta, en la que llevaba una fina cadenita de oro con un pequeño medallón. Este *paletot* iba abierto por delante, y por detrás bajaba muy ceñido, cogiendo la falda sobre la cola con lazos de color de rosa. Un rizado pequeño color rosa, guarnecía este *paletot* sin mangas, formando el todo un conjunto agradabilísimo.

Los trages para señoras mayores son por general en negro, hierro, gris-hierro y morado; bien sea solo, bien formando combinaciones entre sí, pero nunca mas de dos colores. La forma es tambien *princesa*, pero van mas holgadas y los cuerpos van sostenidos con ballenas: la cola moderada, y el plegado será en gruesos cañones: el resto del vestido va enteramente liso.

Antes de concluir esta ligera crónica diré á mis bellas y amables lectoras que la malla, bien sea negra, blanca, ó en colores, gana mas terreno cada dia, sobre todo para *echarpes*, que van desterrando las de espuma de seda.

En mi próxima carta daré á las elegantes suscriptoras de ese ameno semanario algunos detalles sobre sombreros de verano, y hasta entonces me despido de ellas, ofreciéndome para cuantas dudas se les ocurran en trages ú objetos relativos á la moda.

JSOLINA DAIGRÉ.

PASATIEMPO

FUGA DE CONSONANTES.

.o .o .a .i .o .a á u .o .e
u .i .ó .ia e . a . a .a,
— o .a .o ., i o , u i e .io
.o .o .e u .i .o .a .a